

Fue en el año de mis viajes, 275 días de aviones, hoteles, países e idiomas desconocidos. Días de trabajo frenético de los que sólo recuerdo las noches, en las que las ciudades eran mías. Las jornadas laborales eran una sucesión de reuniones, presentaciones, revisiones, que yo vivía desde una nube borrosa provocada por el cambio horario, la falta de sueño y el exceso de alcohol.

Cada etapa se iniciaba en el aeropuerto; disfrutaba de la coreografía de esas moles inhumanas: facturación, control de seguridad, embarque, transfer. Nunca desesperaba en las filas, entre despistados turistas y groseros ejecutivos. Era en ellas cuando empezaba a dibujar mi yo. Ese yo que me permitía ser distinta en cada ciudad.

Fui vida en Munich, carretera en Colorado, amor en Estocolmo.

Mi vida comenzaba cada anochecer, cuando dejaba en el hotel mi disfraz para los demás y me disfrazaba para mí. Me protegía el anonimato, la soledad y en el mejor de los casos incluso el desconocimiento del idioma. Cada ciudad me ofrecía la posibilidad de inventarme, sólo me tendría durante unos días, durante los cuales, podía ser cualquier cosa. Me lanzaba a las calles, sin tan siquiera un mapa en el bolsillo. Me apoyaba en mi buena orientación, aunque nunca me preocuparon las veces en las que me falló. Me dirigía hacia donde intuía se encontraba el centro, las calles más distintivas, pero siempre me embaucaban los pequeños callejones, que eran los que definitivamente iban construyendo mi ruta, que se alimentaba del yo que ese día era.

Fui aventura en Canberra, desenfreno en Alberta, reflexión en Asilah.

Creo esos paseos constituyeron el único denominador común de cada estancia, paseos en los que surgió mi pequeño juego de *souvenirs*. Fue en Berlín donde empezó. Era una mañana gris, creo que de sábado, había desayunado en una pequeña cafetería del este, desde la que fui a Mauerpark. Debía ser el frío, el agua en los zapatos, porque cuando llegué al mercadillo y vi ese primer puesto de vinilos, supe que algo de lo que había en esas mesas era para mí. Ante la indiferencia del vendedor, que sentando en un rincón presenciaba cómo me iba guiando entre las cajas, barajé montones de discos, esperando saber reconocer el que sería mío. Funda casi perfecta, toques amarillentos en las esquinas reflejo de sus más de cuarenta años de edad, edición alemana. En la portada, *The fab four* gesticulan simulando las cuatro letras que dan nombre al disco. Una pequeña etiqueta en la cara posterior marcaba su precio. Cinco euros. *HELP* era mi vinilo, reflejaba mi estancia en Berlín. A partir de ese día, de esa adquisición, repetí la misma operación en cada una de las ciudades que visitaba. Establecí una serie de reglas que debía seguir en cada compra, de las que eran fundamentales: que en ningún caso el importe fuera superior al del primer vinilo adquirido, que el año de publicación no superara mi fecha de nacimiento y por último, y esto siempre marcaba la gran dificultad de las búsquedas, que resumiera mi relación con la ciudad.

Fui salsa en Las Vegas, *manouche* en Tel-Aviv, jazz en París.

Regresé a mi piso un día de mayo. Después de más de nueve meses de ausencia, polvo y oscuridad constituyeron mi comité de bienvenida. Dejé las maletas en la entrada yendo con la de mano, en la que guardaba mis *souvenirs*, al salón. Cuando en las últimas semanas el fantasma del regreso comenzó a tomar forma, había recreado ese momento siempre de la misma manera: dejar la bolsa al lado de la mesita en la que está el tocadiscos, sentarme en el

suelo, sacar cada vinilo, en el mismo orden en el que los había adquirido, disfrutarlos uno a uno, escucharlos al fin. Elevé la tapa del reproductor retirando descuidadamente el polvo que acumulaba, coloqué el *HELP* por su cara A, agachándome con cuidado para fijar la aguja justo en el inicio de su primera canción. Desplacé el selector de revoluciones mientras me apoyaba en la espalda del sofá, dispuesta a escuchar los acordes iniciales de la primera canción. Nada. Sólo el ligero crepitar de la aguja contra el disco. Verifiqué la posición de la aguja, pensando en adelantarla para probar con otra sección de la canción. Nada. No había surcos, la cara estaba completamente plana. Desilusionada, extraje el disco para probar con la cara B, en esta ocasión la examiné en primer lugar. Nada. Fui a por el segundo de los discos. Nada. Lisboa, nada, Cape Town, nada, San Francisco, nada, Estambul, nada. Todos los discos estaban sin surco, eran nada, cada kilómetro recorrido en la vuelta a casa los había ido borrando uno a uno, llevándose con ellos la existencia de esa que había sido yo en cada ciudad.

Fui a mi cuarto. Puse el despertador. Me escondí entre las sábanas.